

Nordahl Grieg

Spansk Sommer. Oslo, Gyldendal Norsk Forlag, 1937, pp. 33-44. Traducción del noruego realizada por Eva María Lorenzo Pazos y Niklas Löfroth.

En las casas de Valencia estaban pegados los carteles del congreso. La imagen del cartel era un poeta joven ante su escritorio y delante de él había un dibujo con líneas azules de Don Quijote. ¿Era el caballero de la triste figura con quien nos tuvimos que comparar?

Los españoles no podían pensar en algo más glorioso. Era la intrepidez y la intransigencia con las injusticias lo que leyeron en su vida. Hablaron sobre la orgullosa promesa de Don Quijote que los españoles se dieron a cada uno, cuando la rebelión fascista empezó: cumplieron su palabra con su sangre.

El 7 de noviembre del año pasado la situación en Madrid era desesperada, y parecía que la ciudad iba a caer. Este día los intelectuales españoles mandaron una invitación a escritores de todo el mundo para ir a un congreso en Madrid. Se basaba totalmente en el espíritu de su héroe.

La primera reunión se celebró en el Ayuntamiento de Valencia. Recientemente una granada había atravesado el edificio, y el mármol de la escalera de honor había desaparecido en trozos y se podía ver el ladrillo.

Escritores de muchos países estaban reunidos en el anfiteatro del salón de fiestas; a algunos, se les echaba de menos. El joven poeta español Federico García Lorca no estaba aquí; él fue asesinado por los fascistas justo después del principio de la rebelión. Ramón Sender tampoco podía venir, él vivía escondido con su pequeño hijo y no tenía fuerzas para acudir. Su mujer y sus otros dos hijos habían sido fusilados.

El autor alemán Gustav Regler estaba en el hospital herido por seis trozos de metralla de la granada que cortó la cabeza del general Lukacs.

Tenía el placer de reunirme de nuevo con un brillante joven inglés, John Cornford, de quien yo sabía que estaba en España. Él formaba parte del mejor ambiente humanista de Inglaterra, su abuelo era el gran Darwin, su padre era profesor de griego en la universidad de Cambridge. Yo les había visitado una noche de enero hacía 5 años; una negra y helada tormenta golpeaba los árboles; era agradable poder entraren una casa. John y sus hermanos seguían con gran interés cómo la tormenta aumentaba su fuerza; sobre las 11, cuando la casa temblaba, estuvieron por fin satisfechos y salieron a dormir en una tienda de campaña que les habían regalado en Navidad. He oído que había caído siendo voluntario de la Brigada Internacional.

Bienvenidos sean los vivos. Estaba sentado feliz el presidente honorífico Andersen Nexø, entre el presidente y primer ministro de España; la gran mandíbula y el pelo blanco brillaban en la luz del proyector.

Ludwig Renn vino; su vida era uno de los más extraños dramas de nuestro tiempo, construido acto a acto con una lógica dolorosa.

Su nombre real era Arnold von Golsenau; era parte de una noble familia alemana y participó en la Guerra Mundial como oficial de la Guardia Sajona. La guerra le hizo pacifista; por eso le internaron en un campo de concentración. Durante estos años detrás de la alambrada de espino sintió que el pacifismo no pudo cumplir su sueño de paz y justicia. Cuando le dejaron libre, se alistó en el Ejército Popular Español. Y ahora era jefe del Estado Mayor de la 11.ª Brigada. Alto, delgado, con una cara dulce, irónica, circulaba por la sala, lleno de pensamientos tranquilizantes para todos. En un cráter de granada al lado de Brunete, un par de semanas más tarde, pude ver cómo de profunda era su tranquilidad e inamovible era su amable consideración.

André Malraux estaba sentado entre la delegación francesa, pálido, nervioso, con espasmos en la cara. Curvado, se dobló sobre la mesa, y mordió interesado un trozo de papel. Él organizó la primera escuadra de aviones para la República el verano pasado, y participó también como piloto de combate. Algunos de los más valientes maestros del aire inspiraban sus libros, un cálculo frío que se incrementa hasta el éxtasis en la frontera de la muerte.

El líder de los rusos era Mijaíl Koltsov, un duro, satírico y energético portavoz en España. Sus palabras habían llegado; estaban trabajando en los barcos de cereal en Odessa: han entrado en acción los aviones que defienden Madrid.

Del Vayo, cara de águila, se alza entre los españoles. Él era ahora el comisario jefe de guerra, es decir, el líder cultural y moral de los ejércitos populares. En él descansaba la responsabilidad de que los soldados fueran personas conscientes, que pudieran aguantar, porque defendían valores. Muchas veces tuvieron que empezar desde el principio enseñando a leer, lentamente sus valores se convertían en ideas. Junto con del Vayo, trabajaban muchos poetas jóvenes españoles. Otro español: Jose Bergamín, energético, flaco y comido por la ansiedad. Él era católico; sus discursos estaban llenos de historias de santos y santas. Tuvimos, dijo, que hacer como exigía San Agustín, y basar toda nuestra vida en una pregunta. No en un problema. Entre pregunta y problema había la misma diferencia que entre aislamiento y soledad. Hamlet hizo de ser o no ser un problema; es la impotencia de los intelectuales. Pero ser o no ser más fuerte que la muerte, es la dolorosa y deleitosa cuestión de nuestra cultura. Este apasionado, combatiente místico, encontraba en el soldado español y en los poemas españoles la misma comparación; uno daba sangre y el otro, palabras.

Había muchos discursos. De los extranjeros venía afecto y admiración por la democracia española; de los españoles: soledad, orgullo, casi éxtasis. Para ellos era un privilegio luchar por los grandes objetivos; aún más cuando estaban solos.

Por la tarde, después de la apertura, hubo una función de gala en el teatro, donde se representaba un drama de García Lorca. Se trataba de una joven, Mariana Pineda, quien, hace 100 años, bordó una bandera para su amado, uno de los héroes de la libertad de Andalucía. Fue arrestada y finalmente ejecutada en Granada, la misma ciudad donde el autor de la obra fue asesinado por los fascistas.

El último acto se desarrollaba en un monasterio, donde veinte monjas vestidas de blanco acompañan a Mariana al patíbulo. Entonces bajó el telón, y entre aplausos, llegaron las monjas desfilando y nos saludaron como la gente del frente, con el puño en alto: ¡Salud!

A la una y media termina la función. Fuera, en el vestíbulo, me encuentro con un compositor español. Llevaba a su hijo de seis años de la mano.

«Está levantado tan tarde», le digo.

«Sí», contesta el padre. «Él siempre está conmigo. Pueden pasar tantas cosas, y en ese caso estaríamos juntos».

Justo después de volver al hotel, suenan las sirenas. Esa noche terminamos en un refugio insólito. Era el sótano de unos grandes almacenes. Sobre los mostradores de cristal había todo tipo de figuras de cera; mujeres con ropa interior nacarada, de gráciles gestos y sonrisa idiota; niños felices vestidos de marinero con balones en sus manos amarillas. Bajo ellos había mujeres y niños reales agachados; cansados y pálidos como muertos.

Las bombas cayeron en las afueras de la ciudad; entonces salimos a las calles y discutimos misterios de la cultura. Cuando un niño es asesinado, esto puede sacudir a todo un pueblo, a veces a todo el mundo, como el caso del bebé de Lindbergh. Pero cuando miles de niños son asesinados, como hoy en España, ¿por qué se conmueve la gente mucho menos?

Un par de horas más tarde, salimos hacia Madrid. En un pueblo donde paramos a repostar, nos vimos rodeados por una multitud de mujeres y niños, más de cien. Eran refugiados que venían de Badajoz. Allí fue donde los fascistas llevaron a los trabajadores a la plaza de toros y los masacraron con ametralladoras. Muchos entre esta multitud habían perdido a un padre, hermano, hijo. Pero no era de eso de lo que querían hablar: «Hace nueve meses que estamos lejos de nuestra tierra –gritan–. Decid en Madrid que ahora tenemos que vencer. Ahora debemos vencer, porque hemos estado nueve meses fuera de la tierra». Lloraron y nos pidieron que dijéramos eso; brillaba como una obsesión en los rostros magros y agonizantes. A la mañana siguiente reanudó el Congreso sus sesiones en Madrid. Tuvieron lugar en una sala en la universidad; detrás del estrado había una guardia de honor que iba cambiando, por soldados con casco de acero. Demasiados de nosotros hicimos discursos. Un pequeño chino traía un saludo de su país; con amargura y tristeza habló de los estados cuya idea sólo se puede alcanzar a través de la desgracia de otros. ¿Ha de ser así? Quizás la civilización podría por una vez traer a los asesinados la seguridad de que no había guerra. Al contrario, era paz.

Llegaron buenas noticias del frente; la República había empezado su gran ofensiva contra Brunete. Continuamente, grupos de soldados entraban para saludar a los escritores, muchos de ellos de las Brigadas Internacionales. Cada vez que desfilaban por los pasillos entre las sillas, les aplaudíamos y vitoreábamos entusiasmados. Lucharon fuera de Madrid y defendieron la cultura.

Un sentimiento de vergüenza me inundó. Habíamos forzado la responsabilidad sobre ellos. Cuando alzaban su puño cerrado, se podía ver un trozo de metal alrededor de su muñeca. Era la marca identificativa, para cuando morían o eran llevados al hospital.

De mala manera habíamos defendido la cultura con nuestras palabras y pensamientos. De mala manera había hecho su trabajo el fantasma del hombre, cuando tiene que ser transmitida por mecánicos agotados junto a sus metralletas.

Nuestra fantasía debería ser lo que nos hace únicos. De qué manera tan miserable la habíamos utilizado. Nuestra cultura se convirtió en nuestras manos en una pequeña especialidad para un pequeño grupo. Hemos evitado el terrible reino de la injusticia sobre la tierra. No hemos conseguido llegar con nuestras palabras a los oprimidos de nuestros propios países del atardecer. Oscura humanidad, innumerables millones de desconocidos para nosotros. Pero ahora que el mundo se agita ante tiempos de ceguera, crueldad y angustia, vimos que la cultura estaba en peligro. ¿Qué cultura?

Junto a mí vi la clara, joven cara del ruso Fadeev bajo el pelo gris. Su mirada se alejó del altavoz que elogiaba a los soldados una y otra vez; la fijó en los hombres de uniforme que escuchaban. Su cara reflejó dolor. «Pero van a morir», dijo.

Después hablé con Ludwig Renn; iba vestido de uniforme. Dijo: «Es cierto que tenemos un largo camino. Pero por eso debemos trabajar también. Tengo fe, o lo que es mejor: experiencia –que lo más importante es la dignidad, también en la guerra–. Los italianos en Brihuega tenían unas fantásticas tropas mecanizadas; se rompieron. Los pilotos fascistas en Madrid –todos ellos son alemanes– nunca consiguen vencer en las luchas individuales contra los nuestros, y ¿por qué? Porque nuestra idea es mejor que la suya, más grande, llena de noble valentía. Las presiones de una guerra moderna exigen un interior. Construir la humanidad, ampliar al hombre es lo que nos pone en condiciones de defendernos de la catástrofe que amenaza al mundo; un intelectual es tan importante como una zanja».

Hubo una fiesta por la tarde en el hotel. Unos cuantos jóvenes escritores españoles, que habían llegado directamente del frente para tomar parte en el Congreso, se reunieron alrededor del piano; uno tocó, y con canciones los condujo desde irónicos cantos antifascistas a ritmo de rumba, a inflamables himnos de libertad, y cantaron. Pero sobre lo que más cantaban era sobre mamita mía, mi mamita. Cada uno improvisaba un nuevo verso; de manera más y más desatada, le confiaban relatos sobre los puentes que habían defendido y las ciudades que habían asaltado. El pianista golpeaba las teclas, los otros estaban más allá del piano, mientras jaleaban el estribillo: Mami-ta mía, mamita mía.

En medio de las canciones, de repente todas las luces se apagaron. Se trataba de un bombardeo, uno de los más violentos que Madrid había sufrido en meses. A tientas en la oscuridad, subimos unas escaleras y salimos al tejado. Brillantes granadas volaban hacia la ciudad a través de la noche estrellada. Hubo fuego en varios lugares. Las llamas se alzaron desde una casa cercana; dentro del mar de fuego, alguien gritaba. ¿Había resultado alcanzado el hospital de la Puerta del Sol?

Salimos a la calle. No se veía un alma. Los madrileños se quedan dentro durante el bombardeo; la mayoría de ellos duermen. Es suficiente con que los heridos y los muertos sepan lo que sucede.

No era el hospital, sino el edificio de al lado. Los bomberos extinguieron el incendio. Acababan de bajar dos cuerpos por la escalera.

Cuando volvimos al hotel, oímos una canción desde una de las habitaciones. Algunos de los participantes en el congreso no podían dormir; Andersen Nexø en camisón estaba sentado en la cama y les cantaba nanas danesas.

La siguiente noche, las tropas republicanas atacaron de nuevo. Aquellos que habían estado alrededor del piano, todos ellos estaban en las trincheras. Estábamos de nuevo en el tejado, donde teníamos una vista de 360°. El autor danés Sigvard Lund, quien era el reflexivo de entre nosotros, subió su saco de dormir, no quería perderse nada; inmediatamente le alcanzó un sueño seguro. Durante lo que quedaba de noche, escribimos cuidadosamente sobre él.

Doce focos lanzaron una catedral de arcos blanquiazules sobre la oscuridad de Madrid. El bosque ardía en el horizonte. El ruido de los cañones. Las ametralladoras golpeaban con su rápido martilleo. Era un espectáculo magnífico, y cada efecto significaba mutilación y muerte.

En el verde amanecer llegaron unos coches a la puerta; el congreso debía volver a Valencia. Yo estaba abajo y me despedí de los camaradas, entonces se marcharon. El hotel quedó desierto; se había abierto sólo para estos días. Subí al tejado y desperté a Sigvard, que estaba tumbado y dormía bajo el sol de la mañana.